

antiguos cubiertos con el hollin, laberinto de callejuelas, gente mal vestida, mal olor de los lugares por donde pasaba; me formaba un concepto bien desventajoso, y la ciudad de Roma, que vista desde el camino que traje á ella y desde el Pincio tenia mágia y era la capital del mundo católico, vista en detalle era una poblacion que inspiraba asco y tristeza. . . . Vuelvo á repetir, que no es bueno dejarse llevar de las primeras impresiones y que es necesario observar y conocer mas íntimamente la cosa para pronunciar el fallo y dar su parecer sobre ella.

El contenido de la carta que te transmito hoy, es lo que he visto de anoche acá, que me parece que no es tan poco; aunque sin examinarlo prolijamente sino en globo. En la siguiente te haré una relacion mas detallada y hablaré de algunas cosas mas. Adios.

Roma, Octubre 18 de 1868.

ESTIMADA MARIA:

Llevo quince dias de estar en Roma y en este tiempo he contemplado ruinas, admirado templos, visto y paseado por muchas partes, visitado museos y otros lugares célebres en donde pasaron acontecimientos notables que narra la historia.

Pero antes de hacerte una descripcion pormenorizada de alguna parte de lo referido, quiero contarte algunos pormenores que me tocan directamente y que entran á formar parte de mis impresiones.

Te acordarás que algunas veces hablábamos de mi compañero Salomé Pina y sobre la noticia que daban los periódicos de su próximo regreso de Roma para recibirse en México de la dirección de la Academia de San Carlos. Pues bien, como yo permanecí algún tiempo aún viajando por el interior de la República y hasta tres años después no he venido á Europa, supuse que en todo este período, ya Pina estaria de vuelta en nuestra patria, funcionando de director en San Carlos. Así las cosas, una tarde, á los dos dias de llegado yo á esta ciudad, tuve deseo de conocer algunos estudios de pintura y escultura de los muchos que hay, y lo propuse á Manuel para que me llevara.

Efectivamente, visitamos primero uno de los segundos; en seguida, pasamos al Vico de San Nicola di Tolentino para ver algunos de los estudios de pintura que hay allí, y al pasar frente á la puerta de uno de estos, ví escrito en ella con gis: "Salomé Pina, Studio."

Al ver este nombre, un vuelco me dió el corazon, porque encontraba todavía en Roma á un amigo y compañero, que habia distinguido entre los demás de San Carlos con mi amistad, y un cicerone eficaz que me podria dar mil pormenores sobre el arte, ponerme en contacto con artistas notables y darme á conocer lugares y museos en donde hiciéramos disertaciones provechosas.

Al acabar de hacer en mi mente estas lisonjeras ilusiones, calculé al mismo tiempo, que si ese nombre se encontraba allí, no sería porque Pina estuviese aún en Roma, sino que su nombre habria permanecido escrito en la puerta de ese estudio que tal vez le perteneció y que, á esta hora, se hallaria á tres mil leguas de esta ciudad.

Quedé triste al hacer este comentario, porque él disipaba mis ilusiones; pero, no obstante, conservando un vislumbre de esperanza, tomé una tarjeta, puse mi dirección en ella, y como esa noche era de retreta en la Plaza

Colonna, le dí una cita á Pina en ella y la coloqué debajo de la puerta.

Con la luz que quedaba, ví otro estudio de escultura que se encontraba al páso, en los bajos de la casa, y fuimos á mi posada para tomar la sopa y prepararnos para concurrir á la retreta un poco más tarde.

No haria media hora que Manuel y yo estábamos escuchando la segunda pieza que ejecutaba la música militar en la plaza Colonna, cuando se me apareció, por entre un grupo, el rostro bondadoso y risueño de mi amigo Pina, quien con los brazos abiertos se vino á mí, estrechándome fuertemente entre ellos; yo le correspondí con igual vehemencia aquellas muestras de efusion y acto continuo, despues de esas preguntas y respuestas atropelladas é incoherentes que son de cajón en un encuentro con un amigo, con un compatriota en el extranjero y despues de doce años que no nos veíamos, hablamos largamente sobre mil cosas importantes, terminando con decirme, que estaba próxi-

mo á partir de Roma y regresar á México, supuesto que la pensión se le habia concluido hacia algun tiempo, y era esperado, igualmente, para ocupar el puesto de Director de la Academia de San Carlos.

A las once de la noche nos separamos Pina y yo, concertando vernos al otro dia, para visitar en su compañía los sitios más notables de Roma y sus monumentos; cosa fue ésta, que me puso muy contento, como te lo debes figurar, porque ya contaba con la asociacion de un compañero y amigo íntimo, á la vez que, como artista, gran conocedor de todas las preciosidades artísticas que contenia la gran ciudad, que le era perfectamente conocida hacia varios años.

Sin embargo de que me ilusionaba la sociedad de Pina en el paseo que me proponia para ver todas las riquezas artísticas y monumentales de Roma, era esto únicamente, para sólo conocerlas y salir de la ciudad al poco tiempo, pues no estaba yo contento con su as-

pecto sucio, triste y con el régimen retrógrado del gobierno y las instituciones, con la vista de sus tiendas raquílicas, sus restaurants con aspecto de bodegon y, en general, con las costumbres y modo de ser político y social, que formaba un contraste remarcable con las de las ciudades que acababa de dejar y particularmente con las de la alegre y encantadora Paris.

La prensa está completamente restringida y no hay mas que dos periódicos diarios en la ciudad: *El Observador Romano*, redactado por unos monseñores, y *La Verdad Católica*, por los jesuitas. Imagínate por esto el carácter de su redaccion y las doctrinas trituradas de ultramontanismo que llevan sus columnas, que están en abierta hostilidad con las que se publican hoy en la prensa universal: tomar en las manos uno de estos periódicos que huelen á incensario, es aplicarse á la nariz una sustancia soporífera, porque á los diez minutos está uno en los brazos de Morfeo.

Equí no se puede hablar de algo que afecten las instituciones políticas, ni vituperar á alguno de los personajes del gobierno, porque á poco tiempo va á engrosar las filas de los infelices que gimen en el destierro ó es apuntado su nombre en el libro verde para ulteriores providencias.

Cuando un romano no cumple con la Iglesia en la cuaresma ó la Pascua, su nombre es publicado en grandes listas fijadas á la puerta de las iglesias, ¿y para qué? solamente la Inquisicion y el gobierno lo saben.

Si un individuo desea salir de Roma siquiera á alguno de sus alrededores como á Albano, Frascati, etc., se le exige la cédla del cumplimiento de Iglesia para expedirle el pasaporte, y si no la presenta, no hay este documento y por consiguiente no hay salida.

Finalmente, Roma en todo y por todo aparece en el segundo tercio del siglo XIX, como una ciudad de hace trescientos años, y su mezquino modo ser, pugna enteramente con la exigen-

cias de la época. Con razon Roma, desde que está sometida á este régimen estrafalario, no ha producido un grande hombre, una medianía siquiera; excluyendo al padre Sechi en estos últimos tiempos, mientras que la alta Italia ha dado al mundo y á la ciencia un Galileo, un Colon, un Cavour, etc., que aunque nacieron en una época en que el reinado de las ideas ultramontanas estaba en todo su apogeo en el mundo, en los Estados pontificios estaba el núcleo y el jefe y guardian de ese reinado; por consiguiente, esa seccion era mas escrupulosamente vigilada y el dominio de las luces no podia ejercer allí su imperio.

Estos informes que recibí de Manuel, me indispusieron contra una ciudad que habia deseado conocer de muchos años atrás y de cuyas pomposas descripciones están llenos los libros, sin hablar una sola palabra de sus grandes inconvenientes físicos y morales; por esto, pues, estaba yo resuelto y salir pasado un poco de tiempo; despues de visitar

sus museos, templos y sus mas notables ruinas, y fijar mi residencia en París, capital que abunda igualmente en elementos de arte; y un artista, á la vez que puede obtener inmeusos adelantos en el ramo, pasa allí una vida agradable y disfruta al mismo tiempo de los placeres que le brinda una ciudad que ha llegado al apogeo de la civilizacion.

Con esta resolucion, me entré á dormir y al otro dia, á las ocho de la mañana, cuando yo acababa de tomar el desayuno, llegó Pina por mí y nos dispusimos á salir á la calle.

Ya el dia anterior, segundo de mi llegada á Roma, habia visto el interior de la Basílica de San Pedro, pues en el primero recordarás que solamente la ví en su exterior y no me causó la gran sorpresa que esperaba.

Pues bien, en la primera salida que verifiqué acompañado de Pina, me propuse ver de nuevo á San Pedro para rectificar mis apreciaciones.

En efecto, nos dirigimos para ese sitio y, al desembocar á la plaza, le ma-

nifesté á mi amigo mi manera de sentir sobre la inconveniencia de las dos manzanas de casas que desde el puente San Angelo, obstruian completamente el grandioso efecto que debía producir el templo de Miguel Angel si esas casas no existieran.

Pina me contestó anuente y seguimos avanzando hasta llegar á la gran escalinata que conduce al frente de la fachada.

¡Oh! María, desde este punto comienza uno á caminar de sorpresa en sorpresa, á admirar lleno de estupor las gigantescas proporciones de la primera Basílica del mundo.

Pero para proceder con orden, debo comenzar su descripción por la columnata que circunda una mitad de la plaza y es como el peristilo para penetrar al templo: ese monumento consta de 284 columnas, que, colocado el espectador en cierto punto como dije arriba, produce el efecto de verse una sola línea, ocultándose las demás; una balaustrada está colocada sobre este pórtico

y 192 estatuas son igualmente distribuidas sobre la referida.

La arquitectura de la columnata es de Bernini.

En el centro campea el obelisco que colocó Sixto V.

Dos fuentes iguales lanzan á la altura de catorce palmos, copiosos raudales de agua, que viene del monte Janículo, semejando bandas de cristal; mientras que hácia los dos extremos donde cierra la columnata, y un poco distantes, se ven las colosales estatuas en mármol, de San Pedro y San Pablo, rompiendo desde aquí los ángulos de la escalinata que guía á la plataforma que está frente á la fachada.

Al llegar al pié de ésta y fijar la vista en las dimensiones y grueso del fuste de las columnas que sostienen la portada, se comienza á notar la masa colosal de este templo, que un accidente de óptica hace parecer de lejos no muy grande.

Penetrando al vasto pórtico interior, en cada uno de los vestíbulos laterales,

se miran las estátuas de Constantino y Carlo Magno, protectores de la Iglesia; cinco grandes puertas dan paso al Santuario: una de ellas que se vé cerrada y está marcada con una cruz, es la que el pontífice abre solamente cada veinticinco años, cuando se solemniza el jubileo universal: á esta se la llama *Puerta Santa*.

La principal, situada en el centro, por la materia (que es de bronce), y por el arte, que brilla en todos los bajos relieves que la adornan, es admirable.

El prodigio que produce el arte sobre el ojo del visitante, que por la primera vez penetra á este gran templo, es verdaderamente singular, por la armonía y proporción, entre las diversas partes y el todo, que á primera vista no se encuentra nada de extraordinario en las dimensiones de los objetos, si no es examinándolos uno á uno y en detalle: entónces, crece la sorpresa y la admiración, al ver que cada uno de esos objetos colosales, vistos á distancia, ma-

nifiestan dimensiones naturales y proporcionadas.

Vamos con algo de historia, en contrario de lo que te ofrecí, María, que la relacion de mis viajes sería demasiado llana, pues únicamente me concretaba á disertar sobre los objetos vistos superficialmente y con las impresiones del momento; pero en tratándose de Roma, juzgo indispensable que una que otra vez traiga á colacion algunos acontecimientos que pertenecen á la historia y que por su importancia es necesario indagar su origen.

Continuemos.

El Templo mayor de Roma y de todo el Orbe, se elevó primitivamente sobre una gruta arenosa que fué cementerio de los primeros fieles, arrojados sus despojos despues de haber sido lanzados al martirio por Neron en el circo romano.

A la muerte de San Pedro, sus restos fueron depositados en una tumba de este mismo lugar, sobre la cual, su sucesor San Anacleto, elevó un orato-

rio privado, hacia el fin del primer siglo. Mas al principio del IV, San Silvestre, ayudado por la munificencia de Constantino, erigió una vasta iglesia que despues de once siglos amenazaba ruina.

Nicolás V fué el primero que concibió, en mil cuatrocientos cincuenta, el gran plano de un templo extraordinariamente suntuoso que despues de esta época hasta el fin del siglo XVIII, aún no estuvo enteramente terminado este inmenso edificio, en el cual fueron empleados sucesivamente para su construcción mas de cincuenta millones de escudos. Aún hoy, como dijimos, no está terminada interiormente la parte decorativa, porque faltan algunas estatuas que se guarecen en dos órdenes de nichos de las naves laterales, y el letreiro de mosaico dorado que adorna el friso de la cornisa, que actualmente se trabaja.

La forma total del templo es de una cruz latina, con tres naves. Los mármoles, las esculturas, las pinturas, los mosaicos y los dorados, abundan por todas

partes; cada Capilla encierra una gran cantidad de decoraciones suficientes para adornar cualquiera otra iglesia grande.

Al fondo del Templo, se eleva un altar de mármol que sostiene la Silla de San Pedro, conducida en hombros por cuatro doctores de la Iglesia, dos latinos y dos griegos: San Ambrosio y San Agustin, San Atanacio y San Juan Crisóstomo, de dimensiones colosales y coronado el conjunto de un gran dosel sostenido y recogido por ángeles desnudos. En toda esta enorme masa de bronce dorado, se emplearon 219,000 libras tomadas del antiguo Panteon: este monumento se considera como la obra clásica de Bernini. El, como hemos dicho, guarda la Silla de San Pedro, de la que tambien se sirvieron sus humildes sucesores en los primeros siglos.

Debajo de la gran cúpula, está colocado el cipres de bronce dorado, igualmente obra de Bernini; descansa sobre una plataforma extensa, de donde se



desprenden cuatro columnas Salomónicas coronadas de un valdoquin: en el centro está colocado el Altar mayor, reservado solamente para las solemnidades pontificales; delante de éste está la tumba que guarda los restos del sucesor de Cristo, circundada de una barandilla de bronce, sobre la que arden de día y de noche, multitud de lámparas: se baja á esta tumba por una escalinata como de dos metros; al pié de ella, y mirando para la puerta del subterráneo, donde están las de San Pedro con las reliquias de otros santos, yace de hinojos la estatua de Pio VI en actitud de orar, ejecutada por Canova.

Se dice que en este sitio, fué donde el célebre Bramante concibió el pensamiento de ejecutar el mas grande Duomo del Universo; pero fué herido de una muerte prematura, y Miguel Angelo, con admirable audacia, continuó su gigantesca empresa.

El diámetro interior del Templo es de 190 palmos, y por el exterior mide 266; de la superficie del pavimento á la

cruz de la cúpula, tiene la prodigiosa altura de 616 palmos.

Para ascender á la gran cúpula, se penetra por una puerta que se mira en el muro de la segunda nave de la izquierda y de allí rompe la subida; pero no está compuesta de escalones, sino de un terraplen bien embaldosado que hace muy cómoda la ascension y por la que podria marchar un carruaje: el cubo de esta especie de torre es amplio y bien iluminada, mirándose en las blancas paredes, centenares de lápidas de mármol, dando noticia de los soberanos que han subido á la cúpula, con expresion de que algunos lo han verificado "hasta la bola," el mundo de la linternilla. Dicen por ejemplo algunas de esas inscripciones: "Sus MM. los Czares de Rusia Alejandro II y M.... subieron en Mayo 13 de 1858, hasta la bola." Allí ví yo la lápida de Maximiliano y Carlota, que subieron hasta la bola un año ántes de venir á México.

La mencionada torre lo deposita á uno en las bóvedas del templo, y en